

bre que es hombre, y el racionalismo afirma que es Dios, y va contando una por una sus creaciones maravillosas. El género humano, por su parte, ha creído con robustísima fe que la criatura es menos que su Criador: y el socialismo le contradice, afirmando que el Criador es menos que su criatura. Vanamente se le responde que todos esos son términos contradictorios, porque luego al punto replican que no hay verdad donde no hay contradicción en los términos.

El racionalismo es una demencia monomaniaca; los que adolecen de esta tremenda enfermedad han dado en llamarse racionalistas, á la manera de aquellos desventurados que, viéndose en los palacios que la caridad católica levantó para ellos con el nombre de hospitales, dan en llamarse *emperadores*. Los unos se llaman creadores porque están en la creación, como se llaman emperadores los otros porque están en un palacio. La semejanza que tienen entre sí llega á resolverse en identidad si se considera que todos convienen en dar por cosa asentada la soberanía de la razón que han perdido. Ningún loco ha reconocido jamás el imperio de las verdades matemáticas y metafísicas: á ninguno se le ha visto retroceder en el intento de conciliar cosas contradictorias. Yo no sé si mis lectores habrán observado que todos los locos son racionalistas: esta observación es tan cierta, que, en el momento mismo que comienzan á dudar de lo que dicen y á sospechar la falibilidad de su razón; es decir, desde que comienzan á dejar de ser racionalistas ya pueden salir del Hospital, porque están convalecientes ó sanos.

¡Cosa singular y verdaderamente admirable! No hay género de locura que no se resuelva en una rebeldía, ni rebeldía que, exaltada, no se resuelva en locura, y al revés, el hombre más razonable es el más humilde: sólo él tiene el incommunicable y santo privilegio de pronunciar esta palabra: *creo*; y estas otras: *me equivoco*, las cuales no estuvieron jamás en los labios de ningún loco ni de ningún espíritu rebelde. ¿Qué es esto? ¿Qué misterio hay aquí? ¿Cómo puede concebirse, en

materia de razón, que no hay ninguno que la tenga sin que la humille, y ninguno que la pierda sin que la levante? ¿Y qué capricho inconcebible es ese de la razón, que coquetea con los hombres hasta el punto de rendirse ante los que la desprecian y la humillan, y de volver la espalda á los que la adoran? Si yo no viera á Dios en todos los fenómenos de la creación, todavía le alcanzaría á ver en el fenómeno de la locura.

VIII

ERROR FUNDAMENTAL DE LA TEORÍA DE LA PERFECTIBILIDAD Y DEL PROGRESO

Me propongo demostrar que la sociedad y el hombre son inseparables, y que obedecen á ciertas leyes generales reveladas por Dios desde el principio de los tiempos.

Si la creación del mundo es un acto único y simplicísimo considerado en Dios, y una obra completa y perfectísima considerada en el hombre, se sigue de aquí necesariamente que el hombre, desde el punto en que fué, tuvo noticia cierta del fin para que había sido criado, del camino por donde había de alcanzar aquel fin, y de las leyes inmutables á que había de vivir sujeto durante su breve peregrinación y su escabroso camino.—Y porque el hombre fué estas dos cosas á la vez, individuo y sociedad, por eso tuvo noticia á un mismo tiempo de las leyes por las que habían de gobernarse los individuos, y de aquellas á que debían vivir sujetas en sus varias evoluciones las sociedades humanas. La noticia que se le dió de esas leyes es lo que se llama *revelación*, y la revelación de todas esas cosas constituye al hombre de un golpe en un estado de civilización perfectísimo é incomparable.

De todos los medios propuestos para desatar los nudos de esta gravísima cuestión, y para disipar las sombras del gran misterio de nuestra naturaleza y de nuestro origen, este que el Catolicismo propone dogmáticamente es, no sólo el único

verdadero, sino también el único puesto en razón y el único espléndidamente luminoso. La naturaleza divina, ó ha de ser negada de todo punto, ó concedida en calidad de armónica y sintética; siendo sintética y armónica, la obra que salga de sus manos ha de ser forzosamente una síntesis, y siéndolo, ha de ser una armonía; y como lo uno y lo otro excluyen lo particular y lo rudimentario y lo imperfecto, se sigue de aquí que Dios, al crear todas las cosas, las creó por grupos inmensos y grandiosos, juntando en uno todas las cosas afines y dominándolo todo con su síntesis suprema. Suponer que Dios hizo las cosas y que las dejó sin leyes, ó que estableció sus leyes por separado para que las cosas anduvieran sin ley ni regla ninguna en pos de sus leyes, y las leyes en pos de las cosas, es una extravagancia sobre toda extravagancia, á la cual ni los racionalistas con toda su ciencia pueden poner un nombre. Suponer al hombre ocupado en inventar la ley de sus acciones y las leyes de las asociaciones humanas, y en escribir el código de sus deberes sociales, viene á ser lo mismo que suponer á las cosas temporales buscando los tiempos, y á las corpóreas buscando sus espacios; ó al revés, á los espacios buscando las cosas corpóreas, y á los tiempos buscando las temporales.

Y no se diga que no procede la comparación entre esas cosas y el hombre, porque á esto responderé que de tal manera procede que, desde nuestro punto de vista, entre los objetos de la comparación la semejanza llega á confundirse con la identidad por lo perfecta. El hombre, considerado como un ser inteligente y libre, se diferencia de los que no lo son en lo que él tiene y á ellos les falta; se asemeja empero á todos en que ni hay en ellos ni hay en él nada que no se sujete á una ley de suyo fija é invariable. Como ser libre está sujeto á las leyes del mundo moral, y á las de la inteligencia como ser inteligente; y así como se viene á caer en el absurdo suponiendo á los cuerpos buscando los espacios, y á las cosas temporales buscando los tiempos, del mismo modo y por la misma razón

se va á dar en un círculo vicioso cuando se supone á un ser libre buscando las leyes del mundo moral, y á un ser inteligente buscando las leyes de las inteligencias.

Con este sistema vienen al suelo todas esas teorías frívolas y vanas de los modernos regionalistas, según las cuales la sociedad y el hombre van pasando juntamente de una perfección á otra perfección, y de un progreso á otro progreso, siendo la humanidad la que obra exclusivamente su propia transformación por medio de todos estos progresos y todas estas perfecciones.

Las leyes generales del mundo moral, á que el hombre vive sujeto en calidad de inteligente y libre, ahora se le considere como individuo, ahora como sociedad, existen con una existencia independiente de la voluntad humana; puestas fuera de la jurisdicción de los vanos antojos de los hombres, están exentas también de las injurias de los tiempos, siendo como son divinas, eternas é inmutables. Esas leyes han sido objeto de revelaciones sucesivas, que todas juntas forman la revelación católica. Es el Catolicismo depósito de toda verdad, luz de todos los misterios, archivo de todos los arcanos; para el que le ignora todo es ignorancia, y para el que le sabe todo es sabiduría. El Catolicismo tiene palabras de vida para todos; él es salud para los dolientes, refrigerio para los fatigados, manantial perenne de aguas claras para los que tienen sed, hartura para los que padecen hambre, ciencia para los que ignoran, luz para los ciegos, puerto para los que navegan, esfuerzo de los que combaten, corona de los que triunfan. Y afirmar de él que es todas esas cosas para el hombre, es afirmar de él que es todas esas cosas para la sociedad igualmente; porque la sociedad es el hombre, y nada más que el hombre, considerado desde cierto punto de vista especial y de cierta manera.

Cuando Nuestro Señor dijo de su reino que no era de este mundo, quiso significar con estas palabras cabalmente lo contrario de lo que parece á primera vista; porque quiso significar que su reino, continente universal, no podía ser contenido

por el mundo, parte inferior de su reino. Esto no quiere decir que no haya sido otorgada á la Sociedad la facultad tremenda de apartarse de Dios, que desde el principio fué otorgada á los hombres; quiere decir sólo que, en la sociedad como en el individuo, la facultad de apartarse de Dios se resuelve, todo bien mirado, en la facultad de perderse.

Esto supuesto, me creo autorizado para afirmar que el problema que consiste en resolver cuáles son los aledaños que separan entre sí los vastos dominios de la potestad espiritual y de la temporal, del reino de Dios y del reino del mundo, de la Iglesia y del Imperio, ha sido mal planteado hasta ahora. Cuando la sociedad civil afirma que en ella radica la facultad de secularizarlo todo y de secularizarse á sí propia, si por otro lado no está ligada civil y exteriormente con la Iglesia, afirma de sí una facultad que es inadmisibile, y por lo mismo indisputable; su facultad es idéntica á la que tiene el hombre de desobedecer á Dios, de negar á Dios, y de caminar por el mundo sin Dios y sin ley. La cuestión empero que aquí hay que resolver no consiste en averiguar eso, que está averiguado, sino en averiguar otra cosa, conviene á saber: si esa facultad, en la sociedad como en el hombre, no viene á reducirse á otra que también es indisputable é inamisible: la facultad de perderse.

Reducida la cuestión á sus verdaderos términos, se resuelve por sí misma. Lo que el hombre es á Dios, eso mismo es el Imperio á la Iglesia; el uno y el otro tienen la facultad de perderse y la facultad de ganarse. Lo que Dios no ha puesto bajo la jurisdicción de la sociedad ni del hombre, es la distinción suprema del bien y del mal, que existe de por sí con una existencia necesaria. La sociedad y el hombre pueden escoger el uno y dejar el otro; pero no pueden convertir el que dejan en el que toman, ni el que toman en el que dejan. Fuera de la sumisión á la Iglesia no hay salvación para las sociedades humanas, de la misma manera que fuera de la sumisión á Dios no hay salvación para el hombre. Y así como Dios y la Iglesia

son una cosa misma, la sociedad y el hombre son una misma cosa.

Conviene advertir aquí, sin embargo, que cuando afirmamos de la sociedad y del hombre que son una cosa misma, lo que queremos significar con estas palabras es que son cosas indisolublemente juntas en uno, como están juntas en uno las formas y las substancias. La sociedad es la forma del hombre en el tiempo, y el hombre es la substancia que sostiene en el tiempo esa forma. Las diferencias que hay entre la una y la otra de tal manera son diferencias que no excluyen la unidad, y su unidad de tal manera lo es que no excluye sus diferencias. El hombre, considerado como individuo, es decir, en su substancia, tiene un fin natural y otro sobrenatural¹: un fin temporal, y otro ultramundano y eterno; considerado como sociedad, es decir, en su forma, tiene un solo fin, y ése natural y temporal, de tal manera que con los tiempos tienen fin juntamente las sociedades humanas: la substancia entonces se desnuda de la forma que tuvo y busca en la eternidad otra forma. De aquí procede una diferencia notabilísima entre la sociedad y el hombre, aun considerados en su unidad, es decir, durante la prolongación de los tiempos; el individuo, hecho para la eternidad, suele no recibir aquí bajo ni el castigo ni el galardón que merecieron sus acciones; la sociedad, empero, hecha para el tiempo, recibe en él infaliblemente el galardón que mereció siendo santa, ó la pena que llamó sobre sí por haber sido pecadora. De esta manera, por lo que en el tiempo pasa, rastreamos lo que ha de suceder en la eternidad; y por lo que tenemos por fe que en la eternidad ha de realizarse, alcanzamos á explicar satisfactoriamente lo que se realiza en el tiempo.

De muchos hombres sabemos que, siendo grandes pecadores, no parece sino que alcanzaron á parar la rueda instable de la fortuna; por eso se llaman ellos á sí mismos, y los llama el mundo, dichosos; las prosperidades les salen al encuentro,

¹ El autor entiende, sin duda, por fin natural el fin temporal de la presente vida —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y son inaccesibles á las tribulaciones; las dignidades y las honras siguen todos sus pasos; los placeres se sientan con ellos á su mesa; no parece sino que, espíritus celestiales, dejadas sus mansiones, forman coro á su alrededor, sin abandonarlos nunca, ahora velen, ahora duerman; sus ensueños son sabrosos como la vida, y en lo dulce y suave, su vida parece un sueño; una mano invisible y misteriosa aparta de su corazón los negros cuidados, y de su frente los pensamientos tristes y enojosos. Ni es cosa extraordinaria ver al varón justo hecho ludibrio de las gentes y escarnio de la fortuna; cuantos son sus días, tantas son sus tribulaciones; sus ojos son fuentes de lágrimas, y que nunca se secan; todos se apartan de él como contagiado de la peste; si busca la dicha, le ataja el paso el infortunio; hace bien, y recibe mal; sus beneficios tienen la potestad de hacer ingratos; no hay injuria que no le alcance, ni pesadumbre que no le toque, ni celada en que no caiga, ni trabajo en que no se ponga, ni calumnia que no ennegrezca su rostro; los suyos le dejan, los extraños le ultrajan; los amigos le venden, y los enemigos le persiguen; llama á Dios en su ayuda, y Dios no le responde; levanta los ojos turbados, y ve los cielos, que, sin cuidarse de su turbación, están indiferentemente serenos y perpetuamente tranquilos; el único amigo que tiene es el sepulcro, porque él sólo le convida con quieta paz y con venturoso descanso.

Esta es la gran piedra de escándalo de los débiles, la tentación perpetua de los pecadores, y al mismo tiempo el fundamento indestructible de la esperanza que habita en el corazón de los justos. Ninguno que esté ignorante del misterio de la Cruz puede comprender el arcano de la tribulación; ninguno puede dejar de escandalizarse, ni sostenerse sin caer á la vista de aquel tremendo espectáculo, si no cree firmísimamente en la eternidad de las penas y en la eternidad de los galardones. Aquellos ejemplos tienen la virtud de hacer que se desvanezcan todas las medias tintas religiosas por los ambientes y los aires. Á la vista de las fabulosas prosperidades del hombre inicuo y

de las inenarrables tribulaciones del varón justo, el que pone los ojos en su conciencia advierte que ha elegido ya con una suprema elección, y que es ateo ó cristiano.

La sociedad nos presenta un espectáculo de todo punto diferente en sus continuas mudanzas, en sus concertados movimientos y en sus magníficas evoluciones: en ella todo nos habla de Dios, y ella misma nos anuncia su presencia. Abrid las páginas de la Historia; pasad revista, unos después de otros, á todos los pueblos del mundo; pasad de una región á otra región, de una edad á otra edad, de una zona á otra zona; formad un interrogatorio á que vayan respondiendo sucesivamente todos los Gobiernos en la infinita variedad de sus formas, todos los pueblos en la variedad infinita de sus civilizaciones, todas las razas de las gentes, así cuando están postradas y caídas, como cuando resplandecen en las cumbres de su grandeza, y el mundo todo dará una sola respuesta á todas vuestras preguntas, y esa respuesta resonará á la vez en todas las partes, en el Oriente y en el Occidente, en el Septentrión y en el Mediodía. En efecto: la Historia no hace mención de ninguna sociedad que no haya sido penada siendo culpable, y en la que la pena no se proporcione convenientemente á la culpa; así como no hace mención de ninguna en quien la virtud no haya sido la medida de la grandeza. En el anchísimo campo de la Historia no hay ninguna semilla que no fructifique; todas están al abrigo de los vientos y de los huracanes; en este campo fertilísimo nadie recoge sino lo que siembra; pero todo lo que se siembra se recoge. Todos los pueblos de la tierra han sembrado el error, y por eso han recogido todos la muerte. Sólo el pueblo judío y el pueblo cristiano han sembrado la verdad, y por eso son inmortales; solos estos dos pueblos prodigiosos, depositarios de las divinas revelaciones, describen una línea espléndida y un surco luminoso, en cuya continuidad no hay solución: salidos de Dios, vuelven á Dios; salidos de la eternidad, vuelven á la eternidad; y en su vuelta presurosa y en su carrera invencible, van iluminando los espa-

cios y echando atrás majestuosamente las olas de los tiempos.

La dificultad que resulta de estos hechos coexistentes y contradictorios, no se salva sino por una de estas soluciones: por la maniquea ó por la católica. Por la maniquea la contradicción quedaría suficientemente explicada, pues para explicarla suficientemente no era menester más sino acudir al dualismo maniqueo, que, poniendo la contradicción en Dios, explica por la contradicción divina todas las contradicciones humanas. Siendo empero insostenible y absurdo este sistema considerado en sí mismo, es de todo punto necesario aceptar la solución católica ó dejar la dificultad sin solución ninguna: y como lo último es absurdo, lo primero es inevitable.

El Catolicismo no explica la contradicción; hace mucho más, porque la niega; y aun hace mucho más todavía, porque demuestra la identidad real del fenómeno individual y del social, que á primera vista parecen contradictorios. Si Dios premia y castiga á la sociedad infaliblemente, al mismo tiempo que permite alguna vez la prosperidad del pecador y la tribulación del justo, consiste esto en que Dios visita con su justicia á cada cual en su morada, siendo la morada del hombre la eternidad, y la de la sociedad el tiempo.

Esta solución es, á un tiempo mismo, bella y razonable, clara y profunda, universal y particular, sencilla y sublime; tal es su naturaleza, que, siendo superior á toda invención humana, se proporciona á todo entendimiento. ¿Quién no ve aquí con vista de ojos el carácter grandioso y augusto de todas las soluciones divinas?

CARTAS

DEL

MARQUÉS DE VALDEGAMAS

AL CONDE RACZYNSKI